

## CHOQUE DE GENERACIONES

Gonzalo Suárez – 03-03-2010

**Primero fue la lucha de clases; luego, la guerra de los sexos. Ahora llega el choque entre jóvenes y mayores por el menguante dinero público.**

Primavera de 2049. Los mayores de 65 años ya suponen una tercera parte de la población española. A cada trabajador en activo le toca mantener con sus impuestos a una persona ociosa. Y Fernando Pérez, líder del Partido de los Jóvenes, celebra el triunfo de su formación en las elecciones generales. «¡Se acabó el saqueo por parte de los jubilados!», proclama ante miles de enfervorecidos militantes. «¡La generosidad tiene un límite y hace mucho tiempo que lo sobrepasamos!».

Parece el arranque de una peli de serie B, pero así es el futuro según Laurence Kotlikoff, asesor del Fondo Monetario Internacional. Tras diseccionar las cuentas de los principales países occidentales, este antiguo consejero de Ronald Reagan no tiene dudas: **nos enfrentamos a una época de crecientes hostilidades entre jóvenes y mayores**. «El sistema de pensiones se ha convertido en una gigantesca estafa piramidal que deja pequeño a Bernard Madoff», alerta. «Olvida el famoso choque de civilizaciones; este siglo estará marcado por el choque de generaciones».

Puede que Kotlikoff sea una de las voces más alarmistas, pero no es el único que pronostica un fenómeno semejante. La semana pasada, por ejemplo, Martin Amis alertó de la inminencia de un **«tsunami plateado»**, en alusión a los millones de trabajadores de sienes entrecanas que están a punto de jubilarse. «Puedo imaginarme una especie de guerra civil entre los viejos y los jóvenes dentro de 10 ó 15 años», pronosticó el escritor británico. ¿Se trata de un ejercicio de provocación de un novelista iconoclasta? ¿O de un problema real que tendremos que atajar lo antes posible?

En los pasillos de la Universidad Complutense hay pocos temas que susciten unanimidad, pero uno de ellos es el futuro de las pensiones. O, más bien, su falta de futuro: **ninguno del medio centenar de estudiantes consultados –ni uno– confía en recibir una pensión** cuando sea su turno de jubilarse. Para ellos, esta paga es una reliquia del pasado, como las hipotecas a diez años o los puestos de trabajo «para toda la vida». «Me conformaría con que mis padres la cobren hasta el final y no me toque hacerme cargo de todos sus gastos», apunta Sergio Yuste, estudiante de cuarto de Derecho, entre los gestos de asentimiento de sus compañeros.

Estas palabras espantarían a cualquier experto en Seguridad Social, pues indican que un tumor se ha instalado en las tripas del sistema. Las pensiones funcionan como una cadena de solidaridad: los trabajadores costean los gastos de sus mayores y esperan que sus hijos les devuelvan el favor. Pero si alguien no espera nada del futuro, ¿qué incentivo tiene para seguir metiendo billetes en el cerdito colectivo? **«Nos encontramos ante un fenómeno novedoso** y si alguien asegura que conoce las consecuencias, es que está mintiendo», dice William Frey, que lleva décadas estudiando la solidaridad entre generaciones para la Brookings Institution, un reputado «think tank» estadounidense.

Hasta ahora, se trataba de un debate casi metafísico, propio de los despachos enmoquetados de las universidades. Pero la polémica sobre la edad de la jubilación es un síntoma de que estas tensiones empiezan a salpicar a la política. Primero fue la lucha de clases; después, la batalla de los sexos; y, ahora, cada vez más expertos temen que el choque de generaciones sea el próximo eje del discurso político en las próximas décadas. «Lo que está claro es que países como España se enfrentan a una tormenta perfecta», dice Kotlikoff, autor de «The Coming Generational Storm», un ensayo que analiza este fenómeno. «Una natalidad raquítica, una enorme esperanza de vida y un déficit público colosal. El margen de actuación es mínimo».

**«Boomers» contra «losers»**

El sociólogo francés Louis Chauvel incluso ha bautizado a los dos bandos de esta contienda: **los «babyboomers» contra los «babylosers»**. Los primeros, ya se sabe, son los nacidos en los 50 y los 60, en plena explosión demográfica. Es la generación del crecimiento sostenido, del empleo fijo y de los salarios razonables. Compraron sus pisos antes de la burbuja, quizá invirtieron sus ahorros en Bolsa y están a punto de retirarse cuando la Seguridad Social sigue en números negros. **«Tras cuarenta años de trabajo durísimo, les toca disfrutar de su recompensa: llega la hora de que otros suden por ellos»**, explica Frey.

En la otra trinchera se encuentran los «babylosers». Ellos nacieron inmediatamente después que los «babyboomers» –en los 70 y los 80–, cuando la tasa de natalidad se desplomó por debajo de la tasa de reemplazo. **Es la generación del ladrillazo**, del currículo hipertrofiado y del mileurismo pertinaz. Viven de alquiler o hipotecados a cuarenta años, así que ni se plantean ahorros o inversiones en Bolsa: si les entra la angustia existencial, la sofocan a golpe de tarjeta de crédito. «Por primera vez en la historia reciente, nada garantiza a los jóvenes que vivirán mejor que sus padres», recalca Louis Chauvel.

En circunstancias normales, el crecimiento económico y el aumento de la productividad bastarían para parchear las diferentes expectativas de ambas generaciones. Pero aquí entra **la recesión que no cesa** y, sobre todo, la apabullante pirámide de la población que acaba de publicar el INE para los próximos 40 años. Un simple ejemplo de lo que nos espera: hoy, sólo 5,6 millones de españoles tienen más de 70 años; en 2049,

serán más del doble, 12,1 millones. Mientras, los grupos más productivos se desplomarán en las próximas décadas: de 18,6 millones de españoles de entre 25 y 49 años pasaremos a 13,6.

Se mire por donde se mire, la consecuencia es inevitable: **cada vez menos «babylosers» rellenarán la hucha de los «babyboomers» con sus impuestos.** Y el gran problema es que esta situación tiende a retroalimentarse. A los jóvenes les cuesta cada vez más escapar de la precariedad, comprarse una casa y asentarse con su pareja, por lo que las madres españolas tienen de media 31 años en el momento del parto y una fecundidad de sólo 1,4 hijos por mujer. **«A mi edad, mi madre ya tenía piso, coche y dos hijos»**, dice Claudia Hernández, a punto de acabar Publicidad con 24 años.

Al otro lado del teléfono, Kotlikoff cita estos datos para apuntalar su tesis de que nuestro sistema de pensiones espantaría hasta a Bernie Madoff. Así, recuerda la definición clásica de estafa piramidal: el «negocio» en el que los socios no se lucran con los beneficios generados por su actividad, sino con el reparto del dinero de los nuevos inversores. Pero estos sistemas dependen de que la base de la pirámide sea cada vez más ancha: si no, la quiebra está garantizada. «Los creadores de la Seguridad Social en los años 30 pensaban que habría 15 o 20 trabajadores por jubilado, no poco más de uno, como ocurrirá en las próximas décadas», denuncia Kotlikoff.

Ante estas atroces estadísticas, algunos «babyboomers» ya se han pasado al bando contrario. Es el caso de Thomas Friedman, el influyente analista del «New York Times», que hace examen de conciencia en su nuevo libro, «Caliente, plana y abarrotada», que acaba de publicarse. **«Mi generación resultó ser la “generación cigarra”**», escribe. «En las tres últimas décadas, dejamos aflorar nuestra cigarra interior y nos atracamos con los ahorros y el mundo natural que nos habían sido legados, dejando a nuestros hijos un enorme déficit financiero y ecológico. No podemos permitirnos ser cigarras por más tiempo».

### De cigarras a hormigas

La mayoría de los expertos suscribirían su diagnóstico: el enigma es cómo animar a las cigarras a transformarse en hormigas. De hecho, no hay nada rompedor en el discurso de Friedman: hace décadas que se alerta del colapso de las pensiones y de la rebelión de la juventud. El problema es que la demografía se mide en décadas, mientras que la política funciona a golpe de legislatura. **De ahí que pocos políticos se atrevan a imponer medidas dolorosas** cuyos efectos sólo se percibirían al cabo de muchos años. Además, existe un dato oculto en este debate. A los políticos les gusta hablar del voto juvenil pero, a la larga, quienes ponen y quitan los gobiernos son las personas mayores. Primero, porque son muchos y, además, sus números no paran de crecer. Y, también, porque los jubilados acuden a las urnas con mucha más constancia que otros grupos sociales. Así, nueve de cada diez mayores votaron en las últimas elecciones generales, por sólo seis jóvenes de cada diez. «Tienen una mirada más contractual que ideológica: se dan cuenta de que la política tiene un enorme impacto en su vida cotidiana, así que votan a los partidos que les ofrecen resultados», explica Antoni Gutiérrez-Rubí, asesor de comunicación política.

De momento, **no hay síntomas de que la situación vaya a cambiar:** el desencanto hacia la política crece en todos los países occidentales. De hecho, algunos opinan que quizá sea demasiado tarde para que los «babylosers» se organicen: «Son una generación desmovilizada que no es consciente del drama de la Europa del siglo XXI», pronostica Chauvel. «Por eso, las cosas seguirán estables durante una década. Pero la siguiente generación, más consciente y organizada, podría cambiar las reglas. Así, no descarto que aparezcan partidos que tengan la edad como eje, igual que surgieron partidos feministas o ecologistas».

De este temor surge la denuncia de Martin Amis: ¿sufriremos finalmente un choque de generaciones? Las tensiones son reales, pero al conflicto actual le falta un elemento que sí existía en la lucha de clases o en la guerra de sexos: que los grupos en colisión sean hijos. **«Muchos se olvidan de que uno nace joven, pero sabe que se hará mayor»**, explica Julio Pérez Díaz, demógrafo del CSIC. «Si te cebas con los ancianos, sabes que te acabará afectando. Esto alivia cualquier conflicto entre generaciones».

Y quizá ahí esté la clave para resolver el sudoku de las pensiones. Si el Estado quiebra, los «babylosers» serán los más perjudicados a largo plazo. Sin embargo, las primeras víctimas serían los «babyboomers», que verían peligrar sus pensiones en plena jubilación. «En estos momentos, los políticos deben ganarse el sueldo explicando a los mayores que, a largo plazo, no les conviene exprimir a los más jóvenes, sino darles un futuro: es la única forma de sacarnos de este lío», concluye Kotlikoff.

### Radiografía del colapso

La última pirámide de la población publicada por el INE es la radiografía de un sistema de pensiones al borde del colapso. De momento, la Seguridad Social se mantiene en números negros gracias a que sólo hay 47 dependientes –niños y jubilados– por cada persona en edad de trabajar. Sin embargo, esta cifra se disparará en las cuatro próximas décadas, hasta rozar los 90 en 2049. Y la realidad es aún peor, puesto que este dato no tiene en cuenta los parados ni quienes estudian pasados los 16 años. Si la situación no cambia, **estamos abocados a que haya más de un dependiente por cada trabajador.** La partida más abultada será el gasto en pensiones: en esas fechas, los mayores de 64 años supondrán el 31,9 por ciento de la población. «En estas circunstancias, la solución menos dolorosa sería retrasar la edad de la jubilación, siempre que avises a los trabajadores con suficiente antelación», explica William Frey, del Brookings Institution de Washington.